

dos por otros). Parece que a los alemanes les encanta presentarse en la historia como sufridores, como víctimas –a este respecto no muy diferentes a los judíos que tanto han perseguido.

Cuando uno lee la historia alemana, notará quizá con asombro la frecuencia con que una tribu alemana se pone a quejarse de la infamia de otra. Uno lee sobre Baviera y Sajonia, Hesse y Prusia, y puede llegar a la conclusión de que antes de 1871 no hubo historia alemana. Alemania era algo así como el África actual, un concepto geográfico en el que a menudo las fronteras trazadas por los conquistadores no coincidían con las de las tribus.

No obstante estaba la lengua alemana, que al menos desde la traducción de la Biblia de Lutero planeaba sobre todos los dialectos comarcales. Éstos jugaban de hecho un gran papel en el alemán, quizá más grande que en las otras lenguas europeas. Más que cualquier otra cosa era el instrumento del arraigo; dotaba al hablante de un respaldo como no podía hacerlo la lengua escrita; y alimentaba ésta con palabras y conceptos siempre nuevos y sin desgastar. Probablemente esta función haya acabado con la aparición de la radio y la televisión. Sin embargo, diría que es la lengua la que debe ser considerada como el factor principal en la definición de la identidad nacional. Ésta se debilita con la crónica dolencia de la lengua.

La lengua viva es también la que mantiene el vínculo con la tradición. No creo que haya otro gran pueblo que haya perdido la tradición tanto como el alemán; y lo que los historiadores quieren remendar ahora puede ser considerado como un sucedáneo de tradición. La pérdida de la tradición, sobre la que ya he hablado en el capítulo anterior⁶, es también, pienso, la causa de la alienación. Los hombres, abandonados en un mundo de medios de comunicación de masas de lo más yermo, están en cierto modo aislados de lo que su antigua lengua ha producido en cuanto a grandes obras. Tomemos como ejemplo el siglo XVII. Un inglés no tiene la más mínima dificultad en acceder a los escritos de un Francis Bacon, John Donne, John Milton, Andrew Marvell, John Dryden, etc.; un francés encuentra en múltiples ediciones las obras de Corneille, Molière y Racine, las *Cartas* de Madame de Sévigné, las *Memorias* del Cardenal de Retz, los escritos de Descartes, Pascal, La Rochefoucauld, La Bruyère, Malebranche o Fénelon. Pero en Alemania, quizá con excepción del *Simplicissimus*, ¿qué se puede

⁶ [El anterior capítulo del libro al que pertenece este ensayo se titula precisamente «Herencia derrochada – Sobre la pérdida de la tradición». N. del Tr.]

encontrar de la grandiosa poesía barroca, de las novelas de Johann Beer o de los dramas de Gryphius y Lohenstein? Y sin embargo son parte mucho más importante de la historia alemana que los generales saqueadores que marcharon por países devastados.

También en estas cosas perdurará mucho tiempo aún la sangrienta línea divisoria de la época nacionalsocialista. Produjo un desenganche de la parte civilizada de la nación alemana con respecto a la cultura europea, al sustituir ésta por un «vudú» chauvinista que embrujó como una droga corazón y espíritu. Lo que esos tristes trece años demostraron fue la delgadez del enchapado que preserva hasta a los pueblos civilizados del hervor del odio ciego y general. Lo cierto es que no tengo una respuesta a la pregunta que tantas veces me he hecho: si es que esta capa protectora es más fuerte en otros pueblos. Cuando Rivarol pronunció la advertencia «Malheur à ceux qui remuent le fond d'une nation!», pensaba en la Revolución Francesa. Tampoco tengo una respuesta a otra pregunta, a saber, si es que en el caso de Alemania la membrana protectora se ha restablecido. Como en cuestiones sociales y políticas soy un lamarckista y considero posible la heredabilidad de cualidades adquiridas –así, por ejemplo, la predisposición al salvajismo sanguinario– mi optimismo está fuertemente teñido de escepticismo.

VII

En el tercer capítulo de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* escribe Edward Gibbon, mi favorito entre los escritores de historia:

History ... is, indeed, little more than the register of the crimes, follies, and misfortunes of mankind.

Que la historia es sólo el registro de los crímenes, locuras e infortunios de la humanidad fue la conclusión a la que llegó uno de los historiadores más grandes. Y sin embargo Gibbon no era un escritor que se ciñese a emperadores, batallas y horror. En su libro, las corrientes filosóficas y religiosas ocupan mucho espacio, aun cuando queda la sospecha de que éstas le parecieran locuras a un espíritu de la Ilustración. La relevancia de Bizancio como punto final en cierto modo necesario para una época no pudo valorarla bien ni siquiera este gran historiador. Nuestro tiempo, que en su apéndice occidental me recuerda tanto al Bizancio tardío, quizá sea un poco más receptivo en eso.

Por cierto que otro gran historiador de esa misma época (los especialistas le niegan hoy el título de historiador), Voltaire, dijo en sus cartas y novelas cosas parecidas. Así, en *El ingenuo* (Cap. 10):

L'histoire n'est que le tableau des crimes et des malheurs.

Gibbon y Voltaire no fueron los únicos que sacaron estas tristes conclusiones de sus lecturas y reflexiones sobre la historia. En muchos escritos históricos resuena el grito de *vanitas, vanitatum vanitas!* No con menos frecuencia, de hecho, puede leerse en los historiadores que quieren componer sus crónicas «sin ira ni pasión», que se proponen describir «como realmente fue». Por supuesto, ambas cosas son igualmente imposibles. Sin ira ni pasión puede quizá jugarse a los bolos –aunque también esto lo dudo. Y en lo que toca al segundo propósito, ¿cómo puede llevarse a cabo mientras se trate, en ese misterioso sujeto que puede serlo todo o no ser nada, de hombres? Todos sabemos por experiencia propia que el falseamiento de un suceso empieza casi al mismo tiempo que el suceso. Lo que describe la historia es una conclusión en cierto modo estadística derivada de miríadas de sucesos individuales. Puede aplicarse a todos, pero en realidad a ninguno de forma individual. Pero el lector al que la masa le parece componerse de múltiples individuos mandará al diablo la estadística y considerará la historia solamente como *una* historia.

El caso es que todos somos –por difícil que pueda resultar creerlo cuando se mira de cerca– parte integrante de la historia del mundo; todos, tanto si vivimos como si vegetamos, el Presidente Reagan tanto como yo. Con los siglos desaparece la diferencia de grandeza, y al final queda una maraña de destinos dispersos de los que el escritor de historia, según moda y preferencia, resalta alguna que otra hebra. ¿Es que entonces la historia escrita del mundo, del país, de la nación, no es realmente más que una ficción en la que sólo nombres y fechas remiten a una realidad muerta? Debe quedar claro que lo que a los hombres de una época les pareció la realidad, a los de otra puede aparecérselos como quimera. La rueda de agua gira sin cesar, hasta que un día falta el agua misma.

Mas semejante nihilismo escéptico no es desde luego el punto de vista general. Precisamente leo en una reseña de Joseph Brodsky (*The Times Literary Supplement*, 30.1.1987, p. 99): «... a degree of familiarity with history, which, in the absence of ecclesiastical teaching, is

our only available source for an ethical education⁷». Como nos falta teología, se nos dice, la historia sería nuestra única fuente disponible de educación ética. A decir verdad, yo recomendaría a los adeptos de la ética alguna lectura diferente a la que ofrece la historia universal. No obstante, si suponemos que toda ética debe empezar con el espanto ante lo espantoso (más bien debería acabar con éste), el *impromptu* pedagógico del señor Brodsky puede pasar, aunque resulta difícil entusiasmarse especialmente por la lección «punto de vista» y la música programática.

VIII

En las *Consideraciones sobre la historia universal* de Jacob Burkhardt, el pasaje sobre la grandeza histórica comienza con las siguientes palabras:

Nuestra consideración de las influencias duraderas recíprocas de las potencias mundiales ... se cierra con la del movimiento mundial concentrado en individuos particulares: así tenemos que habérmolas con los grandes hombres.

Al mismo tiempo somos muy conscientes de lo problemático que es el concepto de grandeza; necesariamente debemos renunciar a todo lo sistemático-científico.

La salida la da nuestro enanismo, nuestro atolondramiento y distracción. Grandeza es lo que *no somos* nosotros. Al escarabajo en la hierba, una mata de avellano (en caso de que la perciba) le puede parecer muy grande, precisamente porque sólo es un escarabajo.

Lo que Burkhardt, este hombre singular, no añade, es que hoy parece que son sobre todo escarabajos los que se ocupan de la descripción de matas de avellano.

Ensalzan sobre todo la ramita en la que están sentados: sería la más noble de todas las ramitas, imprescindible para una consideración sin rupturas de la historia escarabajil. Jacob Burkhardt era uno de los raros grandes que no hacen exhibición de su grandeza. Sincero y sobrio, des-

⁷ Aunque el inglés del autor, transplantado de Rusia hace no demasiado tiempo, vacila todavía un poco, supongo que la oración subordinada introducida por el «which» se refiere a «history» y no a «familiarity with history», en cuyo caso habría sido pertinente el relativo «that».